



“El primer templo”

p. 44-47

Corazón de la tierra

*La fiesta titular de los indios a Nuestra Madre
y Señora Santa María Virgen de Guadalupe*

María del Carmen Vázquez Mantecón

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2020

198 p.

Figuras, mapas, planos, fotografías y cartas

(Historia General 40)

ISBN-978-607-30-3948-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de septiembre del 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/corazon_tierra.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

EL PRIMER TEMPLO

Con base en los datos que aportan los testamentos, a partir de 1588, “en la ciudad de México y en las poblaciones vecinas relacionadas con ella” y sin eclipsar la devoción a sus santos, era rutinaria la mención a la virgen de Guadalupe y al hecho de poseer privadamente una o más de sus imágenes.¹ Hacia 1589, la fama del santuario y de su poderosa pintura fueron mencionadas por el criollo novohispano Juan Suárez de Peralta, quien escribía desde España que Nuestra Señora de Guadalupe era una imagen devotísima que había hecho muchos milagros; que estaba como a “dos legüechuelas” de la ciudad de México; que se había aparecido en unos riscos y que a esa devoción acudía “toda la tierra”.² Con esto confirmaba, además del fervor a ella por parte de indios y españoles, que era más de uno el que tenía y repetía su propia leyenda sobre apariciones y estampación, varias décadas antes del escrito en castellano de Miguel Sánchez. Éste propondría su versión en 1648, a partir de un relato en náhuatl conocido como *Nican Mopohua* —se supone redactado hacia los inicios de la segunda mitad del siglo XVI—,³ que muy pronto se convertiría en la versión de todos.

El *Nican Mopohua* (“Aquí se refiere”) daba cuenta dentro del género de los cantares, de las cuatro apariciones de la

¹ James Lockhart, *Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 357.

² Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, México, Secretaría de Educación Pública, 1949, p. 161.

³ Según Edmundo O’Gorman, lo compuso Antonio Valeriano en 1556 durante el tiempo transcurrido entre la fecha en que los vecinos españoles de la ciudad de México le cobraron devoción e impusieron el nombre de Guadalupe a la imagen de la virgen “aparecida” en la ermita entre 1555-1556 y el 8 de septiembre de este último año en que predicó su sermón antiguadalupano fray Francisco de Bustamante. Véase *Destierro de sombras...*, p. 50.

virgen María al indio Juan Diego y de una más a su tío Juan Bernardino en diciembre de 1531.⁴ Se ha sugerido que pudo haber sido escrito por Antonio Valeriano, “indio ilustrado catedrático en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco”, a principios de la segunda mitad del siglo XVI⁵ —él murió en 1609—, siendo posiblemente otra evidencia —no importa si escrita o no por Valeriano— de que esa historia circulaba entre algunos sectores indios desde varias décadas antes.



El cabildo eclesiástico, en el año 1600, convino la celebración a la Natividad de María para el domingo 10 de septiembre de ese año “en la ermita de Guadalupe por ser su advocación”. Estableció, asimismo, que fuera puesta la primera piedra para dar principio a la edificación de una nueva iglesia.⁶ Esa construcción que se hizo a un lado de la ermita se llevó a cabo entre los años de 1609 y 1622,⁷ a la que condujeron la sagrada imagen de la virgen de Guadalupe. Según el mercedario fray Luis de Cisneros, en una historia sobre la virgen de los Remedios impresa en 1621, era “más

⁴ Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen Madre de Dios de Guadalupe, milagrosamente aparecida en la Ciudad de México, celebrada en su historia con la profecía del capítulo doce del Apocalipsis*, México, imprenta de la Viuda de Bernardo Calderón, 1648, en *Testimonios históricos guadalupanos...*, p. 152-281.

⁵ Véase Joaquín García Icazbalceta, quien citó a su vez a Carlos de Sigüenza y Góngora, *Investigación histórica y documental...*, p. 68; Edmundo O’Gorman, *Destierro de sombras...*, p. 50 y Miguel León-Portilla, *Tonantzin Guadalupe...*, p. 46-47.

⁶ Joaquín García Icazbalceta, *Investigación Histórica y Documental...*, p. 34-35. Véase, también, Vicente de P. Andrade, *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVI*, 2ª edición, México, Imprenta del Museo Nacional, 1899, p. 108-122.

⁷ Estuvo en pie hasta el año de 1695 en que comenzó a ser demolida para dar lugar a una nueva que fue estrenada en el año de 1709. Mientras tanto, la imagen de Guadalupe fue depositada en la que se llamó iglesia vieja o de los indios, la que a su vez había sido ampliada.

antiguo" el culto a la de Guadalupe, "imagen de gran devoción y concurso casi desde que se ganó la tierra", muy milagrosa, "a quien van haciendo una insigne iglesia que por orden y cuidado del arzobispo (Juan Pérez de la Serna) está en muy buen punto".⁸ La fiesta que solemnizaba a la Natividad no se había interrumpido en las dos primeras décadas del siglo XVII. Lo corrobora fray Juan de Cepeda, quien manifestó, en 1622, que él había predicado durante diez años en "la festividad del nacimiento de la Sacratísima Virgen, vocación de la Ermita de Guadalupe".⁹

Desde 1628 hay registro de la limosna que se recogió "el día que en 'la ermita' [ya estaba construida la iglesia, aunque a ésta le seguían diciendo así] se celebró su fiesta", que fue de 4 pesos con 9 tomines de oro común, según la "cuenta de gastos y limosnas" firmada en "Tepeaca de Nuestra Señora de Guadalupe" por el brigadier Alonso Muñoz, juez y administrador de sus bienes y rentas. Éste presentó un balance general que incluyó los años de 1624 a 1631, destacando en cuanto a limosnas la "calidad" de los donantes individuales que dieron una aportación que iba de 8 a 50 pesos, por lo que sólo incluyó la de españoles y criollos. Sin embargo, en la cuenta de 1631 quedó asentado que "unos indios" dieron a la Santísima Virgen "tres pesos y medio de oro común",¹⁰ que, comparados con los 4 pesos que se obtuvieron por limosnas en la fiesta general de 1628, hablan, sin duda, de la devoción que también le tenían muchos naturales. Es posible que, además, no hayan dejado de dar limosna individualmente, lo que no habría alcanzado mención por ser en reales. En un informe del vicario Bartolomé García, refería éste que durante el tiempo de la inundación de la ciudad de México y sus alrededores

⁸ Citado por Joaquín García Icazbalceta, *Investigación Histórica y Documental...*, p. 33.

⁹ Véase Vicente de P. Andrade, *Ensayo bibliográfico mexicano...*, p. 108-122.

¹⁰ AGN, *Bienes Nacionales*, v. 718, e. 14, que cuenta con un expediente añadido que contiene datos entre 1624 y 1631.

res —sucedida entre 1629 y 1634— la imagen de la virgen de Guadalupe se llevó a la Catedral Metropolitana. Según él, en el santuario “cesó todo, pues nunca más visitó esta casa una sola persona y sólo de las cortas limosnas que hacen los indios que por aquí pasan de la sierra, han montado las partidas que he recibido..., que hasta fin de diciembre de 1633, sumaban 136 pesos con 3 tomines”.

No es de extrañar, entonces, que en este último año el mayordomo Juan Ruiz González, alegando que “la ermita” estaba muy pobre, solicitara un permiso —mismo que se le concedió— para pedir limosna con objeto de atender las principales necesidades. Pero tan sólo un año después, según el administrador Bartolomé García, no faltó en la fiesta de Nuestra Señora su sermón, que se predicaba “en ambas lenguas”, que de haber sido pocos los indios asistentes, no habría habido prédica en náhuatl para ellos. Fue también en 1634 cuando comenzaron a construirse las casas de novenas donde se hospedaban los forasteros que ya acostumbraban acudir desde regiones alejadas. Hacia 1640 se contaba con suficientes limosnas y donaciones, por lo que se encargó un retablo nuevo, según se anota en los recibos que se extendieron por el pago a los que lo tallaron, ensamblaron y doraron, sumándose, además, el gasto para las partidas de indios “que [lo] truxeron”.¹¹

¹¹ AGN, *Bienes Nacionales*, v. 718, e. 5.